

Las ideas de Quevedo en torno a la traducción

Lúa García Sánchez

Universidade de Santiago de Compostela, Espanha

Abstract This article aims to study Quevedo's ideas on translation. We can find some scattered thoughts about this activity in his own translations and in his comments on versions by other authors. Firstly, it is examined briefly what he said about his selection of literary sources; secondly, his outlook on the previous editions and translations; then, his wide notion of translation; and finally – in each one of the last two sections of the essay –, his apparently contradictory preference for both paraphrase and literal translation. These ideas are analysed together with his own translation practice to establish the foundations of the 'poetics' of Quevedo's translation.

Keywords Francisco de Quevedo. Literary translation. Poetry translation. Paraphrase. Word by word translation. Humanism.

Índice 1 Introducción. – 2 Nuevas fuentes y cauces de invención. – 3 Editor y traductor: preocupaciónecdótica y reivindicación de sus innovaciones. – 4 Una amplia noción de la traducción. – 5 Paráfrasis poética y traducción compuesta. – 6 La fiel traducción de los dos Sénecas. – 7 Conclusiones.



Peer review

Submitted 2025-01-31
Accepted 2025-05-12
Published 2025-09-30



Open access

© 2025 García Sánchez | CC-BY 4.0



Citation García Sánchez, L. (2025). "Las ideas de Quevedo en torno a la traducción". *Annali di Ca' Foscari. Serie occidentale*, 59, 291-310.

1 Introducción

Generalmente, para el estudio de las ideas de un autor en torno a la traducción solo contamos con el resultado de su labor traductora –es decir, con sus versiones –y, si acaso, con un prólogo con algunas ideas más o menos vagas. Quevedo tampoco nos legó un texto que ofrezca las claves de su teoría sobre la traducción, por lo que debe acudirse fundamentalmente a su actividad traductora. Sin embargo, existen algunas afirmaciones dispersas en sus obras o en sus preliminares para textos ajenos que también deben tenerse en consideración para reconstruir los posibles principios de su pensamiento traductor.¹ En este trabajo se analiza su discurso sobre la traducción y se pone en relación con su praxis traductora.

Quevedo se relacionó con la traducción de maneras diversas y desempeñó distintos roles en este campo. Uno de estos papeles fue el de lector crítico de traducciones, es decir, un lector atento de versiones ajenas que expresó su acuerdo o desacuerdo con las decisiones traductológicas de otros. Por otra parte, fue editor de traducciones: como es sabido, en 1631 preparó para la imprenta la obra poética y las traducciones de fray Luis de León. Además, promovió traducciones de obras clásicas, pero también contemporáneas, entre autores que pertenecían a su círculo social,² lo que revela un perfil de Quevedo como reputado intelectual en el ámbito de la traducción, oficio propio de humanistas. Varios preliminares escritos por encargo para traducciones ajenas, como la de la *Utopía* de Moro realizada por Jerónimo de Medinilla, atestiguan este quehacer.

Fruto de esta diversa relación con la traducción son las dispersas ideas quevedescas de las que disponemos. Pero la mayor fuente de información en torno a la poética de la traducción de Quevedo la constituyen sus propias versiones, que lo ocuparon durante toda su trayectoria: de 1609 datan su *Anacreón castellano* y el *Focílides*; y hacia el final de su vida, en 1644, se imprimieron sus versiones de la *Vida de Bruto* de Plutarco y las *Suasorías* de Séneca el Viejo en la *Primera parte de la vida de Marco Bruto*. Dentro de su amplio corpus de traducciones, sobre todo legó ideas sobre esta actividad en su *Anacreón castellano* y en los preliminares de *Epicteto y Focílides*.

1 Ya María del Carmen Sigler (1994) exploró estas ideas en tres traducciones quevedescas: *Anacreón castellano*, *Epicteto y Focílides* y *Lágrimas de Jeremías castellanas*. Conviene ahora hacer lo propio en todo el corpus de traducciones del autor y en las demás piezas dispersas que revelan su visión de esta actividad.

2 En torno a este círculo de Quevedo, una red de autores vinculados en lo personal y lo literario, véase Rey 2020, XIX, quien propuso esta noción a partir de su estudio de las censuras y elogios quevedescos de libros ajenos.

2 Nuevas fuentes y cauces de invención

Quevedo buscó obras que contribuían a explorar nuevos cauces de invención y defendió la novedad y la originalidad de sus traducciones en sus textos preliminares. Igual que los traductores del siglo XVI, optó por trasladar la obra de filósofos e historiadores griegos y latinos, pero es manifiesta su inclinación por poetas y filósofos griegos desconocidos en España, como Anacreonte o Focílides, y por autores de la Edad de Plata latina.

Para destacar la novedad de sus traducciones se sirvió de varias estrategias. Los preliminares que anteceden a su *Anacreón* contienen una apología de Anacreonte que revela que percibía la necesidad de despejar las dudas sobre la licitud de traducir a este poeta, con fama de bebedor y autor de odas principalmente sobre el vino y el amor -en algunos casos, homoerótico-. Pero, probablemente, no solo trataba de protegerse, sino que deseaba postularse como un traductor de un texto novedoso en España y que rescataba la obra de un poeta tradicionalmente denostado:

Por ser Anacreón la gala y elegancia de los griegos, famoso autor en todas lenguas y no visto en la nuestra, y por ir con más copiosos comentarios que hasta ahora ha tenido, más corregido el original y con muchos lugares declarados (no advertidos jamás), me atrevo, siendo pequeña obra, a ponerla en manos de Vuestra Excelencia.
(Anacreón castellano, 139)

Además, cierra su obra reivindicando que era el primero en traducir a este poeta:

Acabé esta paráfrasis y notas como pude y supe, y no como quisiera [...] Añada el que más supiere y séame gloria el ardimento de empezar, pues forzosamente me deberá mi lengua, si no buena obra, buen deseo. (427)

Y lo mismo sucede en sus versiones de textos bíblicos: en sus *Lágrimas de Jeremías* dice «haber querido dar a mi lengua esta paráfrasi [...] [cosa] importante a mi nación» (68), y, poco después, reitera su voluntad de que se puedan leer en español los *Trenos* de Jeremías:

Por ver a mi lengua llena de libros de ningún momento; y queriendo que, como la francesa tiene en los mismos *Trenos* a G. du Vair y la italiana en su vulgar al Panigarola, me tenga a mí la mía el primero, si no el mejor ni el que merecía, de los muchos más doctos que lo pudieran hacer. (69-70)

Igualmente, en su elogio preliminar de la *Comedia de Eufrosina*, traducción de Fernando de Ballesteros Saavedra, subraya el hecho de que sea la primera versión en castellano:

Pocas comedias hay en prosa de nuestra lengua [...] En portugués hay una de Camoens, dos del doctísimo Corte Real y esta *Eufrosina*, de que carecíamos [...] Merece don Fernando grande alabanza en haber hecho que tenga Castilla parte en obra tan grande y digna de encarecida estimación. (*Censuras y elogios*, 428-9)

Estos textos revelan su percepción de sí mismo y de otros traductores como benefactores de la sociedad y su visión de la traducción como medio para enriquecer el panorama literario español, como observó Sigler (1994, 45). Por otra parte, estas consideraciones entroncan con la concepción de la traducción como actividad con fines parcialmente patrióticos, compartida por Quevedo, cuya faceta de traductor, además, está muy ligada a su reivindicación de autores hispanos, como Marcial o los dos Sénecas.

A diferencia de lo que sucede con estas traducciones, del *Manual de Epicteto* ya existían varias versiones castellanas, por lo que Quevedo se apoya en la principal novedad que aporta su traducción: la versificación del original, sobre la que escribe lo siguiente:

Esta versión que hago en versos, con la suavidad de consonantes, para que sea a la memoria apetito la armonía. Decir soy el primero que lo ha hecho no es alabarre de docto, sino de atrevido. (*Epicteto y Focilides*, 485)

Aunque humildemente, en realidad encarece su labor aludiendo a ella como una osadía.

3 Editor y traductor: preocupación ecdótica y reivindicación de sus innovaciones

En múltiples ocasiones Quevedo deja constancia de su respeto hacia las fuentes manuscritas e impresas. Declara abiertamente que se servía de fuentes diversas para elaborar sus traducciones y sabemos que no solo utilizó en distintos momentos de su vida ediciones diferentes para citar o traducir un fragmento, sino que en la misma época y para elaborar la misma obra tenía a su disposición distintas ediciones.³ En este aspecto su método se asemeja al de los

³ Sobre el acopio de fuentes por parte de Quevedo pueden consultarse Plata Parga 1999; 2000; 2001; Moya del Baño 2014, 23-43; García Sánchez 2022.

humanistas del siglo XVI, cuyo acopio de fuentes diversas y manejo de traducciones intermedias era habitual.

En el *Anacreón* explica que él toca «religiosamente los originales»: «y así nunca, aunque le hallé falto, corregí el verso, aunque compuse la sentencia» (319). Los pasajes de este tipo, en los que muestra sus reticencias a introducir modificaciones, son habituales. Por ejemplo, manifiesta su desacuerdo en relación con una nueva lectura que le propone Francisco de Rioja acerca de un texto de Plinio y apunta: «mientras lo escrito se pudiere conservar, no soy de opinión que se mude, quite o añada sin autoridad de manuscrito» (275); discrepa del editor que sigue, Henri Estienne: «Bien confieso que parece más corriente lección, pero no es mala decir, para defender lo impreso, tí» (281); y critica algunas de las decisiones de Gonzalo Correas a propósito de su versión del *Manual de Epicteto*:

Blasona haber ordenado y enmendado muchos lugares en el original griego que no reconoció Sánchez; en algunos se justifica; en otros se atribuye la razón que no tiene. (489)

En ocasiones como estas, puede observarse a Quevedo llevando a cabo tareas más propias de un editor que de un traductor y escritor, debido a que los originales no contaban con ediciones tan seguras y fiables como las actuales, y las ediciones y traducciones previas a veces optaban por soluciones dispares; actúa a la vez como traductor e hipotético editor.

Por otra parte, Quevedo subraya la importancia de conocer en profundidad la lengua y la materia del texto que se traduce, por ejemplo, al resaltar la acertada traducción de idiotismos y proverbios portugueses por parte del ya mencionado Ballesteros Saavedra:

Su original [...] es difícil por los idiotismos de la lengua y los proverbios antiguos, y que ya son remotos a la habla moderna. Don Fernando de Ballesteros y Saavedra con suma diligencia le ha traducido. (423)

Y al subrayar los conocimientos políticos de Medinilla, traductor de Moro citado anteriormente, sobre el que escribe lo siguiente:

Le importuné a que hiciese esta traducción. Asegurándome el acierto della [...] las noticias políticas que con larga lección ha adquirido, ejecutándolas en cuanto del servicio de su majestad se le ha ordenado, y con gran providencia y desinterés en el gobierno que tuvo destos partidos. (427)

Tanto el respeto por los originales como su hincapié en el conocimiento de su lengua y su temática abunda en la idea de que Quevedo era consciente de que el ideal traductor era el traslado fiel. Sin embargo, en una contradicción solo aparente, con frecuencia declara sus innovaciones y deja constancia de sus aportaciones concretas a la traducción del texto, como prueban sus palabras en torno a un cambio en el orden de dos capítulos de su versión de Epicteto: «Atrevíme a mudar dos capítulos» (488). Asimismo, en su *Anacreón* declara lo siguiente a propósito del final de una oda: «yo ordené en mi traducción la letra griega que descuidadamente volvieron todos los traductores» (319). De modo similar, tras otro poema comenta: «Leo diferentemente que todos el original» (307). Las enmiendas de lo expuesto por los traductores que lo precedieron evidencian de nuevo su preocupación por la comprensión del original y su deseo de reivindicar las novedades de su traducción y de que esta entre a formar parte de la tradición de versiones y comentarios eruditos de esta obra, dialogando de igual a igual con las de grandes humanistas.

Sin embargo, a pesar de que subraya sus aportaciones originales, suele reconocer el mérito de sus predecesores. Esta es su actitud hacia Estienne: aunque en ocasiones lo refuta, no obsta para que elogie su ingenio y su trabajo –creo que sin dobleces–:

No arguyó (con perdón de su buena memoria) el cuidadoso Henrico Estéfano bien en hacer uno mismo estos dos lugares [...] Bien creo que no se le huyó esto a tan valiente ingenio; quizá lo despreció. (159-60)

También en su *Epicteto* muestra respeto por los traductores previos, al tiempo que defiende la originalidad de su versión: en la dedicatoria dice haber «procurado adornar» su traducción «de las advertencias de todos» (485) y más adelante insiste en que ha «reverenciado el juicio de tan grandes hombres» (491), a pesar de disentir de su interpretación del texto.

Estas ideas de Quevedo en torno a las fuentes de sus traducciones son coherentes con varios fragmentos en los que se vale de sendas analogías en las que compara las ediciones de los clásicos con piedras preciosas y con el oro, y su labor de traductor, con la de un orfebre; es decir, equipara su tarea con un trabajo de joyería en el que crea a partir de piedras preciosas, sus fuentes, una nueva pieza, su traducción. En su versión del *Manual* de Epicteto, afirma que consultó el original griego y las versiones previas a la suya «con el recato de quien trata joyas»:

Con deseo de acertar en lección tan importante, y con el recato de quien trata joyas, he visto el original griego, la versión latina, la francesa, la italiana [...], la que en castellano hizo el maestro

Francisco Sánchez de las Brozas, con argumentos y notas; la última, que hizo el maestro Gonzalo Correas. (*Epicteto y Focilides*, 489)

Y, con la tópica humildad que requieren los preliminares literarios, se presenta ante el dedicatario de su obra -«A don Juan de Herrera, su amigo» -como un joyero que engasta un diamante en un anillo, ofreciendo así la mejor labor con la que podía agasajarlo, puesto que partía de una obra ajena:

Delgado es este reconocimiento; mas suficiente en quien no puede con otro caudal mostrarse agradecido [...] Hallo quejoso el estudio y culpada la voluntad en no haber dado al amigo alguna prenda útil; mía no lo podía ser: por eso busqué el precio de la obra en el grande Epicteto; basta que en la traducción v.m. le reciba de mí. Quien presenta el diamante en el anillo no da lo que hizo, sino lo que engastó, y se reconoce por dádiva. (485)

Igualmente, en *Introducción a la vida devota*, traducción de la obra de Francisco de Sales, aludiendo a otra versión española anterior a la suya, a cargo de Sebastián Fernández de Eyzaguirre, equipara su tarea traductora -en este caso, sobre todo, de lima -con la de aquel que «limpia el oro», imitándolo en su cuidado:⁴

Por el interés público me determiné a trabajar en restituirlle a sí propio, imitando en este cuidado al que limpia el oro, que sólo atiende a descubrirle, sin gastarle; advirtiendo que quien le disminuye más roba que limpia, y antes merece el nombre de ladrón que el de artífice. (*Introducción a la vida devota*, 1569)

En estos pasajes Quevedo aplica a sus propias tareas traductoras una alegoría habitual al referirse a los libros o las fuentes literarias -recuérdense las «preciosas alhajas» (356) de Gracián en el museo de *El Criticón* -que él mismo ensaya en otras ocasiones, como cuando compara la labor de su amigo el traductor Vicente Mariner con la de un descubridor de tesoros: «Tu mi Marineri totos Graecae linguae thesauros antiquitate venerabilis, mole et magnitudine inaccessibiles, difficultatum tenebris involutos tan [sic] caeca noctis caligine submersos, et iam pene oblivionis inertia et malignitate

⁴ Lida (1953) concluyó que Quevedo apenas había consultado el texto francés y que la versión quevedesca contenía un gran número de errores. En cambio, Fernández López (2005, 368-9) explicó que estas conclusiones tan poco favorables se debían al cotejo con una fuente errónea.

sepultos diserto calamo ervis [sic]» (*Censuras y elogios*, 401).⁵ En sus traducciones enaltece la labor de sus predecesores y el valor de sus fuentes, algunas de las cuales eran contemporáneas, como la versión de Gonzalo Correas, de 1632, al tiempo que encarece sus propias obras.

Finalmente, un fragmento de su *España defendida* resulta especialmente esclarecedor en relación con lo tratado hasta este punto; la reivindicación de su originalidad como traductor que, no obstante, se integra en una rica tradición de versiones previas:

¿En qué materia del mundo no hay en España sola tantos libros como en todas las naciones en sola su lengua, en la cual están traducidos todos los griegos y hebreos y latinos y franceses y italianos? [...] El uno es Virgilio, cuya grandeza, siendo incapaz de versión, está contenta en la de Gregorio Hernández; Heliodoro, *Teágene y Clariquea*, en la segunda versión impresa en Alcalá; Cornelio Tácito vergüenza hace a Lipsio y los demás comentadores, rico con los comentarios y traducción de don Baltasar de Álamos. Y entre estos autores, osadía parece, o es temeridad, nombro a Anacreón mejorado en castellano por mí, y a Focilides en la parte griega; y de la hebrea los *Trenos* de Jeremías. (*España defendida*, 98-9)

Según Quevedo, es motivo de orgullo contar con tantas traducciones al castellano que, además, hacen justicia a los originales e incluso los mejoran. Aunque modestamente, como cabría esperar, incluye sus recientes traducciones tras una elogiosa enumeración de versiones previas. Con todo, dice haber mejorado los poemas de Anacreonte.

4 Una amplia noción de la traducción

En varias ocasiones, Quevedo utiliza la voz «traducción» en un sentido amplio que engloba la paráfrasis y las imitaciones, e incluso se sirve de la expresión «a la letra», es decir, de manera literal, para aludir a una versión libre: por ejemplo, desde el propio título del *Anacreón* se adhiere programáticamente a la paráfrasis, pero

⁵ Quevedo utilizó con frecuencia metáforas similares que presentan los textos clásicos como joyas. Por ejemplo, al referirse a las palabras de Séneca en *Defensa de Epicuro*: «Séneca, cuyas palabras todos los hombres grandes reparten por joyas en sus escritos, repartió en los suyos las de Epicuro» (657); a propósito de Lucano: «habiendo tenido tantos ladrones como lectores que se han enriquecido con su robo, siempre podrá con el caudal que añúdan sus palabras enjiciar a otros muchos» (*La constancia y paciencia del Santo Job*, 290); o de Tertuliano: «ahorrar razones tuyas no fuera brevedad, sino hurto o miseria: muchas joyas no son carga, sino tesoro, como pocas piedras siempre son peso» (*Providencia de Dios*, 565). En torno a este modo de concebir los libros, véase Schwartz 1998.

también se refiere a ella como «mi traducción» (133).⁶ En esta misma obra pone en relación una de las odas anacreónticas con un romance y escribe «esta oda está traducida en un romance castellano» (350), aunque realmente no se trate de una traducción *stricto sensu*.

A propósito de una versión de un poema neolatino de Julio César Escalígero citado en el *Anacreón*, escribe que «dice así en latín a la letra» (226), pero incluso en este caso rehúsa la traducción literal y opta por una versión poética ligeramente amplificada y libre.

Otro ejemplo significativo es la manera en la que describe su imitación de unos versos de Propercio incluida en la *Dedicatoria* de las obras de fray Luis al Conde-Duque:

¿Adónde irán por defensa los que, escribiendo hoy de galantería a una afición amorosa, escriben estos escondrijos denegridos, cuando Propercio los reprehende (lib. I, elegía 9) con tan ingeniosos gritos? [...] Yo con alguna licencia lo imité en estos versos, que pueden pasar por traducción. (142)

Quevedo facilita el original en latín y, tras las palabras citadas, su versión, precisando que, aunque se trata de una imitación «con algunas licencias», puede servir como traducción. Por lo tanto, no oculta que elabora una versión poética libre. Además, como también ofrecía el texto original, resultaba sencillo comprobar que se trataba de una paráfrasis. De hecho, probablemente, el lector esperaba que Quevedo optase por este tipo de traducción al trasladar originales en verso o al versificar textos prosísticos. Buena muestra de ello son las palabras que pueden leerse en una de las aprobaciones para la impresión del *Epicteto y Focílides*: «La traducción es elegante, clara, verdadera, sin duda de provecho, de más viva sentencia y animado estilo que su original» (481); es decir, se aprecia y elogia la labor estilística de Quevedo en su traducción.

En suma, bajo este amplio paraguas que es para él la traducción se encuentran manifestaciones muy diversas.

5 Paráfrasis poética y traducción compuesta

En varios elogios Quevedo alaba la conservación del estilo de los originales. Por ejemplo, en la traducción de Juan Pablo Mártir Rizo de una obra de Pierre Matthieu, Quevedo aprovecha para alabar otra versión de este mismo autor, en este caso a cargo de Pedro van der Hamen, de la que dice que es «obra grande y de que se deberán

6 Sobre esta versión quevedesca, pueden consultarse Méndez 2014; Izquierdo 2019; 2022; García Sánchez 2021a.

alabanzas al que nos la da, sin echar menos el estilo en que nació» (420). Y en el preliminar para la *Eufrosina* escribe que «Don Fernando de Ballesteros y Saavedra con suma diligencia le ha traducido. De suerte que, hablando castellano, no deja de ser portugués; ni deja de verse como nació, donde empieza ahora a vivir» (423).

No obstante, también censura la excesiva fidelidad: a propósito de la versión del *Manual* de Epicteto a cargo de Gonzalo Correas, dice que lo tradujo «con algún rigor más ajustado al original y por eso menos apacible» (483) que la del Brocense;⁷ y describe una versión francesa anterior a la de Pierre de Bouglers como «bien ajustada y dispuesta, con más suavidad que la primera» (491). En cambio, elogia que Jean Baudoin tradujese a Esopo «suavemente» (494), y en sus versiones pueden encontrarse pasajes en los que justifica su libertad traductora y defiende explícitamente la traducción libre. Por ejemplo, en torno al cierre de la oda «No vio Cupido una abeja», Quevedo aclara lo siguiente: «Quiso decir [Anacreonte], con ilación forzosa y elegante, lo que yo traduje [...] Y la postrera copla declara la energía que calladamente cierran en estas palabras» (350), justificando su adición de los últimos cuatro versos, en los cuales explicita el sentido latente en las palabras griegas.

Efectivamente, en el análisis de su práctica traductora, generalmente se aprecia cierta voluntad de fidelidad al sentido que interpreta subyacente en los originales, pero frecuentemente se recrea en ideas expuestas en el original, reforzando sus particularidades y llevando a cabo una notable adaptación formal.

En el caso del *Anacreón*, reserva para sus comentarios el grueso de su adaptación de las odas al nuevo contexto cultural al que las transfiere. En la «Advertencia» anticipa su propósito: «En la parte que he podido le he castigado, porque mi intento fue comunicar a España la dulzura y elegancias griegas, y no las costumbres» (119). Esto puede verificarse en los añadidos que modifican el tono de algunas odas y las trasladan hacia una más obvia esfera moral, como aquellas en torno a la muerte, pero suele reservar la moralización para sus comentarios. En cambio, en otras versiones, como el *Epicteto y Focílides* o la *Vida de Marco Bruto*, pueden detectarse algunos casos de censura de los originales.⁸ Esta práctica es coherente con su alabanza de una traducción adaptada como la que hace Medinilla de la *Utopía* de Moro, quien ofrece una versión plenamente católica.

Por otra parte, trata de evitar que se perciba erróneamente que para él la paráfrasis es un método con el que esquivar las dificultades

⁷ Sobre su uso de sendas versiones, pueden consultarse López Eire 1982; García Sánchez 2021b; 2023, 312-34.

⁸ Para sus adaptaciones al distinto contexto histórico y cultural, véanse Castanien 1961; 1964; Mañas 2003; Alcalde 2011; García Sánchez 2023, 291-4, 345-55, 399-401.

del texto, pues la concibe como un modo de trasladar más fielmente la energía del original: por ejemplo, en su *Anacreón* reconoce que le resultó complejo traducir cuatro versos: «se me hace difícil traducir aquellos versos» (306); y muestra que trató de desentrañar su sentido. Esta breve observación demuestra su preocupación por comprender el original, a pesar de que no siempre quede reflejada en su elaboración parafrástica, ya que en ella lo que prima es el resultado poético.

Esta prioridad del resultado sobre la fidelidad al original también se aprecia en varios lugares en los que encarece que se conserve el estilo, pero siempre que el resultado no sea afectado; por ejemplo, en su elogio de la traducción de Medinilla escribe que le parece una versión acertada por «lo cuidadoso de su estilo y sin afectación» (427).

En algunas de las múltiples citas de textos clásicos traducidas por Quevedo también explicita las razones de su libertad a la hora de trasladarlas. Por ejemplo, en un interesante pasaje del texto preliminar de *Marco Bruto* titulado «De la medalla de Bruto y de su reverso», cita unas palabras en latín de Cicerón en las que, a su vez, se incluye una frase griega de Epicuro transliterada, «me politeuesthai». A continuación, Quevedo ofrece su traducción, en la que convierte esa frase griega en «*el varón sabio* no se ha de encargar de la república», y en seguida explica esta obvia intervención en el original:

Pruébase que la efigie es parecida a Marco Bruto [...] con estas palabras: «*Epicuri mentionem facis, et audes dicere me politeuesthai. Non te Bruti nostri vulticulus ab ista oratione deterret?*» Haces mención de Epicuro y atréveste a decir: 'El varón sabio no se ha de encargar de la república. ¿No te espanta esta proposición el ceñuelo de nuestro Bruto?'. Traduje la sentencia de Epicuro entera, como la controvertió Séneca, si bien las palabras griegas sólo dicen «No se ha de llegar a la república», porque suenan truncadas e impersonales. Volví la voz *vulticulus* ceñuelo, que llamamos capotillo, y no carilla, porque ésta antes es ridícula que espantosa, y el ceñuelo amenaza. (*Primera parte de la vida de Marco Bruto*, 717)

Esta aclaración muestra que sus intervenciones en ocasiones provienen de otras fuentes y prueba que comprendía la expresión griega de Epicuro, pero le preocupaba más el resultado en castellano que la fidelidad al texto. Además, en las líneas en torno a su traducción de *vulticulus* puede apreciarse la justificación de su elección de una voz de la lengua meta que parece alejada de la del original. En este caso, las connotaciones del equivalente aparentemente exacto en castellano, «carilla», invitan a escoger otro que parece más libre pero que, según él, encaja mejor con el sentido del texto latino. A mi

juicio, esta es una muestra palmaria de la preocupación de Quevedo por trasladar el significado del original a través de la expresión castellana más adecuada, que, aunque quizás se aleje del equivalente directo, se aproxime a la acepción que tiene en ese contexto concreto.

La traducción es en sí misma un proceso creativo, pero en Quevedo se encuentra todavía más próxima a sus obras originales de lo que pudiéramos pensar desde nuestra óptica actual, debido, por una parte, a su contexto traductor -en un sentido amplio, heredero de la traducción humanística -y, por otra, a su modo particular de aproximarse a los textos, muy similar a la manera en la que escribe su obra original: no solo utiliza la conocida como imitación compuesta en su poesía, sino que en sus versiones anteriores a 1635 su práctica traductora se acomoda a los principios de la traducción compuesta.

6 La fiel traducción de los dos Sénecas

Frente a lo que sucede en los textos que rodean a sus versiones poéticas, sus traducciones en prosa -casi todas del latín -no presentan consideraciones semejantes en torno a la traducción, ya que estas versiones, que a veces se conservan solo de manera parcial, generalmente no cuentan con preliminares o comentarios. En buena medida, por esta carencia, una de las cuestiones en las que es preciso profundizar es la curiosa preferencia de Quevedo por traducir a los dos Sénecas de manera tan fiel.⁹ Aunque existen diferencias, en las *Suasorias*, las *Controversias*, *De los remedios de cualquier fortuna* y las *Epístolas* emplea una prosa altamente latinizante y con un abundante uso del hipérbaton.¹⁰ Como es sobradamente sabido, Quevedo no es un escritor que abogase por la renovación literaria por la vía de la latinización, sino que, al contrario, atacó a los «mezcladores de lenguas y translaciones» a propósito de la poesía, pero también de la prosa: por ejemplo, en su elogio de la obra *Eternidad del rey don Filipe Tercero, nuestro señor*, de Ana de Castro Egas, alaba su escritura «sin bastardía mendigada de otras lenguas» (418).

⁹ Aunque estas son sus traducciones más fieles y más destacables por su extensión -a las que debe añadirse su versión de *Il Romulo* de Malvezzi, según el análisis de Isasi Martínez (1993), «una traducción fiel, pero no servil, literal, pero literaria también, en la que se trasvasan hábilmente los rasgos de la lengua y el estilo del original» (91)-, no son las únicas, pues, por ejemplo, tradujo de manera literal algunas de las citas prosísticas incluidas entre los comentarios de su *Anacreón*, como puede apreciarse en García Sánchez (2024), y es relativamente fiel en su traducción de los pasajes clásicos incluidos en su «Juicio que de Marco Bruto hicieron los autores en sus obras», como ya observó Cappelli (2001).

¹⁰ A esto se refirieron Plata Parga (2002, 260), Adiego, Artigas y Riquer (2009, 137), Alonso Veloso (2012, 949 nota 1157) y García Sánchez (2023, 439-60, 474-80, 491-500, 523-18).

En su versión de Malvezzi optó por primar la *puritas* del castellano sobre los italianismos y latinismos que podría haber tomado del original, según indicó Isasi (1993, 90-1). ¿Por qué en estos otros casos prima la fidelidad extrema? Si bien habría que precisar hasta qué punto eran extraños estos textos para el lector del siglo XVII, ha quedado constancia de que, al menos Antonio Calderón, encargado de la aprobación del *Marco Bruto*, alabó la obra en estos términos: «une a la lengua española la majestad de la latina, con la hermosura de la griega, para envidia de ambas y admiración de las demás» (700). Probablemente, Quevedo consideraba estar enriqueciendo la lengua castellana, no confundiéndola, utilizando su expresión en el preliminar al conde-duque de Olivares de las obras de fray Luis.

A diferencia de lo que sucede en sus traducciones poéticas, en sus versiones de los dos Sénecas, sobre todo en los textos de Séneca el Viejo, imita únicamente su estilo de manera patente; un estilo lacónico, caracterizado por la yuxtaposición de sentencias concisas y un elevado uso de la paradoja y la antítesis, unida frecuentemente al políptoton.¹¹ Es este tipo de *imitatio* la que lo lleva a optar por esta clase de traducción. El propio Quevedo declara abiertamente imitar este estilo: «atrevíme a traducir y a imitar a Séneca» (*De los remedios de cualquier fortuna*, 727).¹² Y se refiere a él como rasgo que confirma la paternidad senequiana de la obra *De remediis fortuitorum*: «en Séneca hallamos, primero que en el Petrarca, el estilo de repetir una palabra muchas veces y consolarla y declararla repetidamente de diferentes maneras» (*De los remedios de cualquier fortuna*, 729), el cual compara con un fragmento de las *Epístolas*. Como señaló Iso (2002, 1642) en palabras referidas a la versión quevedesca de las *Epístolas* que bien podrían aplicarse a las demás traducciones mencionadas, «es muy probable que en más de un pasaje

¹¹ Ya Borges se refirió a este estilo a propósito de *Marco Bruto*, que contiene su traducción de las dos *Suasorias*: «parece regresar al arduo latín de Séneca, de Tácito y de Lucano, al atormentado y duro latín de la edad de plata. El ostentoso laconismo, el hipérbaton, el casi algebraico rigor, la oposición de términos, la aridez, la repetición de palabras, dan a ese texto una precisión ilusoria» («Quevedo», *Otras inquisiciones*, 71). Por su parte, Roig Miranda (1980) estudió la paradoja en *Marco Bruto*; Alonso Veloso [2013], además de indagar en las fuentes de los discursos quevedescos en esta obra, analizó su técnica narrativa y construcción retórica, y destacó el «discurso conciso y elíptico», entre otros rasgos de estilo que «constituyen, en esencia, el ideal estilístico de laconismo expresivo característico del propio Quevedo, definitivamente consolidado al final de su vida»; y Azaustre (2017) estudió la argumentación retórica en la obra y concluyó que «la paradoja y el oxímoron, apoyados por la sentenciosidad y el paralelismo antítetico son, junto a la metáfora, los recursos más destacados» (188-9).

¹² Véase Martinengo 1998, 109; Adiego, Artigas, Riquer 2009, 137, 146. Encarece lo que presenta como una osadía al afirmar que teme se le critique por ello: «No se me debe reprehender el imitarle, menos el no saberle imitar, porque como aquello es conveniente, saber imitarle para mí es imposible, para todos difícil. Yo conozco que sirvo sólo de hacer a Séneca prolijo» (728).

la *aemulatio* respecto al original haya oscurecido la comprensión del texto traducido. Esto, en lo que se refiere a la sintaxis y *compositio* de más de un pasaje de la traducción de Quevedo en los que [...] es reproducción especular del original latino».

Además, acaso, esta nueva preferencia, que lleva irremediablemente a un texto latinizante, esté relacionada con la *narratio brevis* que Quevedo defiende en su *Marco Bruto* –que contiene su versión de las *Suasorias*, la más fiel–, a la que se refiere Alonso Veloso (2012, 720, nota 189). En el preliminar «A quien leyere» escribe lo siguiente:

Poco escribo, no porque escuso palabras, sino porque las aprovecho y deseo que hable la doctrina a costa de mi ostentación [...] De mí sólo aseguro que ni el que me empezare a leer se cansará mucho ni el que me acabare de leer se arrepentirá tarde. Harto haré si alcanzo a parecer bueno por poco malo, y aun esta disculpa tan culpable no se deberá a mi ingenio, sino a mi brevedad, no imitando a aquellos que ponen su cuidado en no empezar a decir sin acabar de hablar. Gastaré pocas palabras y haré gastar poco tiempo. Este ahorro de tan preciosa porción de la vida me negociará perdón, si no me encaminare alabanza. (720-1)

El *Marco Bruto* lo ocupó durante los últimos años de su vida y Quevedo lo tenía en alta estima, como puede apreciarse en su epistolario¹³ y en la dedicatoria de la obra: «Séame lícito compararme conmigo: si todo lo que he escrito ha sido defectuoso, esto es lo menos malo; si algo ha sido razonable, esto es mejor» (*Marco Bruto*, 697). A mi juicio, para estudiar las traducciones insertas en esta obra resulta fundamental tener en cuenta este aprecio que expresa por ella, pues a la elaboración de estas versiones le habría correspondido un esfuerzo similar –si no idéntico –al de las partes enteramente originales.

Las ideas sobre su prosa original que expone en el prólogo a los lectores de su *Marco Bruto* bien podrían corresponderse con ideas parejas en el campo de la traducción, ya que, además, hemos comprobado que su poética –en concreto, la imitación compuesta – es muy cercana a su poética de la traducción en lo que respecta a la paráfrasis. Es decir, su ideal traductológico de los dos Sénecas también se caracteriza por la brevedad, pues reduce la expresión lo máximo posible.

Por otra parte, esta traducción tan fiel viene facilitada por que en estas obras canaliza sus impulsos imitativos hacia los textos con los que acompaña a sus traducciones: lo que en su *Focilides* había

¹³ Véanse las cartas CCL, CCLIV, CCLIX, CCLXIII, CCLXVI, CCLXXII, CCLXXIII, CCLXXVIII (*Epistolario*, 468-92).

intercalado en la propia traducción del original lo reserva ahora para las piezas que integra de manera diversa.

Estas versiones tan fieles, junto con la noción de que, cuando traduce libremente, lo hace, como es obvio, de manera consciente y porque se lo permitía la poética de la traducción preponderante en su época, también deben tenerse en cuenta a la hora de valorar aquellos estudios que lo tildaron de traductor descuidado.¹⁴

7 Conclusiones

En suma, aunque Quevedo no ofrece una teoría de la traducción, dejó constancia de sus preferencias en algunas afirmaciones dispersas a partir de las que podemos reconstruir su discurso traductor. Este, a su vez, junto con el análisis de su propia praxis traductora, permite extraer los posibles principios de su verdadero pensamiento en torno a la traducción.

Suele insistir en su originalidad a través de diferentes estrategias: la puesta en valor de su labor de recuperación de un autor desconocido o denostado; la difusión de un texto en una forma nueva, como el verso; y la transmisión de interpretaciones novedosas, estrategias vinculadas con la concepción de la traducción como actividad que enriquece el panorama literario en castellano. Por otra parte, plasma su conciencia de la importancia de consultar los textos originales, a cuya enmienda se opone generalmente. No obstante, con frecuencia declara su consulta de traducciones intermedias. Explica que a veces se aleja de estas en favor del original; aunque reconoce el mérito de sus predecesores, tiende a destacar sus aportaciones originales, incluyéndose en la tradición de versiones y comentarios humanistas. Su empleo de varias fuentes simultáneas, combinando constantemente las expresiones de unas y otras con las suyas propias, permite comprobar que el proceso creativo que sigue en algunas de ellas es muy similar al que da lugar a sus obras originales, en las que se sirve habitualmente de la imitación compuesta.

Para Quevedo, la traducción engloba, en un sentido lato, manifestaciones diversas, incluso las imitaciones. Era consciente de que el ideal traductor era el traslado fiel al sentido y al estilo. Sin embargo, su práctica traductora no siempre siguió este camino: en su contexto literario a veces su obra permitía y hasta demandaba ciertas modificaciones. A pesar de que deja constancia de que se esfuerza

14 Como Castanien 1958; Bénichou-Roubaud 1960; González de la Calle 1965; Balcells 1988; Gendreau 1977. Frente a estos, véanse los estudios de Isasi Martínez (1993), aunque también localizó algunos supuestos errores cuya causa no logra justificar, Sigler (1994), Iso (2002), Schwartz (2011; 2015), Alcalde Martín (2011), Pérez Jiménez (2011), Izquierdo (2013) y García Sánchez (2023).

por comprender incluso los pasajes más complejos, en sus versiones poéticas explica abiertamente que se permite la licencia de explicitar lo implícito y de dar cabida a su libertad creadora, escudriñadora, en ocasiones, del sentido oculto del original.

Su discurso sobre la traducción en cada obra fue coherente con su uso de fuentes, la declaración de innovaciones o el tipo de versión por el que optó; es decir, independientemente de su ideal traductor, explicitó su personal teoría traductológica. Esta, por otra parte, no encaja con todas las soluciones particulares que ensayó, debido a que no en todos los casos contamos con aclaraciones de este tipo. Su verdadera poética de la traducción es varia y cambiante. Además de ser temática y formalmente diversas, sus traducciones son muy dispares en lo que se refiere al grado de fidelidad a los originales. Su decisión de elaborar una traducción parafrástica o fiel no dependió de la lengua original -recordemos que traduce libremente las *Anacreónticas*, pero también los epigramas de Marcial-, sino que, fundamentalmente dependió del género literario de los textos y su encaje en el panorama literario del siglo XVII.

En sus primeras versiones puede apreciarse claramente su preferencia por la traducción compuesta. En cambio, más adelante optó por adherirse únicamente al estilo de su original, en cierta medida, por los condicionantes genéricos de los textos que prefirió en la segunda mitad de la década de los años treinta, pero también por su inclinación por la *narratio brevis* y su asimilación del estilo conciso de los dos Sénecas hacia la última década de su vida. Tal vez, el principio común que une todas sus traducciones es la preponderancia de la fidelidad al estilo: la fidelidad a la palabra en sus versiones de los dos Sénecas deriva de la fidelidad al estilo; es decir, se apega a la palabra porque se lo exige la imitación retórica.

Generalmente, ha primado la imagen de Quevedo como un traductor negligente y, sobre todo, se ha puesto el foco en la libertad con la que trasladó algunos textos. No obstante, si bien es cierto que se mostró libre en su adaptación poética, lo cual él mismo declara, no deben ignorarse sus traducciones literales. En realidad, experimentó con opciones radicalmente opuestas: de la traducción compuesta a la traducción *verbatim*, ensayando constantemente maneras muy diversas de aclimatar a su contexto literario e histórico la forma y el fondo de los originales.

Bibliografía

- Adiego, I.J.; Artigas, E.; de Riquer, A. (2009). «Séneca el Viejo y Quevedo». *La Perinola*, 13, 135-47. <https://doi.org/10.15581/017.13.27913>.
- Alcalde Martín, C. (2011). «Quevedo, traductor de las *Sentencias*». Pérez Jiménez, A.; Volpe Cacciatore, P. (eds), *Musa Graeca tradita, Musa Graeca recepta. Traducciones de poetas griegos (siglos XV-XVII)*. Zaragoza: Pórtico, 85-102.
- Alonso Veloso, M.J. (2013). «Las 'oraciones' en el *Marco Bruto* de Quevedo: modelos y construcción retórica». Alonso Veloso, M.J.; Rey, A. (coords), *Italia en la obra de Quevedo: Roma antigua y moderna*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 91-122.
- Astrana Marín, L. (1946). *Epelstolario completo de D. Francisco de Quevedo-Villegas*. Madrid: Instituto Editorial Reus.
- Azaustre Galiana, A. (2017). «La argumentación retórica en cuatro obras políticas de Quevedo: *Grandes anales de quince días*, *Mundo caduco y desvaríos de la edad, Política de Dios y Primera parte de la vida de Marco Bruto*». *La Perinola*, 21, 151-206. <https://doi.org/10.15581/017.21.151-206>.
- Balcells Doménech, J.M. (1988). «Quevedo, traductor del griego». *Scriptura*, 4, 35-42.
- Bénichou-Roubaud, S. (1960). «Quevedo helenista (el *Anacreón castellano*)». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 14(1-2), 51-72.
- Borges, J.L. (2007). *Otras inquisiciones*. Barcelona: Destino.
- Cappelli, F. (2001). «*Ívicio que de Marco Brvto hizieron los Autores en sus Obras*: un estudio de las traducciones quevedianas de los pasajes clásicos». *La Perinola*, 5, 69-93. <https://doi.org/10.15581/017.5.28137>.
- Castanien, D.G. (1958). «Quevedo's *Anacreón Castellano*». *Studies in Philology*, 55(4), 568-75.
- Castanien, D.G. (1961). «Quevedo's translation of the Pseudo-Phocylides». *Philological Quarterly*, 40, 44-52.
- Castanien, D.G. (1964). «Quevedo's Version of Epictetus *Enquiridion*». *Symposium*, 18, 68-78.
- Fernández López, D. (2005). «La *Introducción a la vida devota* de Francisco de Quevedo: un ejemplo de las traducciones del Siglo de Oro». Alonso Perandones, J.J.; Matas Caballero, J.; Trabado Cabado, J.M. (coords), *La maravilla escrita, Antonio de Torquemada y el Siglo de Oro*. León: Universidad de León, 362-75.
- García Sánchez, L. (2020). «Quevedo ante las fuentes: las ediciones que inspiraron su *Anacreón castellano*». Alonso Veloso, M.J. (coords), *Perfiles de la literatura barroca desde la obra de Quevedo*. Madrid: Sial/Trivium, 363-78.
- García Sánchez, L. (2021a). «Estilo y paráfrasis en el *Anacreón castellano* de Quevedo: el uso del tropo y la figura». *Janus. Estudios sobre el Siglo de Oro*, 10, 350-78. <https://doi.org/10.51472/jeso20211019>.
- García Sánchez, L. (2021b). «Las fuentes de la traducción quevediana del *Manual de Epicteto*». Camino Plaza, L.; Giadás Quintela, M.; Giunchi, E.; Pedreira Sanjurjo, I. (eds), *Scripta manent: nuevas miradas sobre los estudios clásicos y su tradición*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 301-14.
- García Sánchez, L. (2022). «Las traducciones quevedianas de obras griegas: uso de textos originales y traducciones intermedias». Mata, C.; Núñez, A.; Usunáriz, M. (eds), «*Spero lucem* = *Actas del XI Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2021)*. Pamplona: Universidad de Navarra, 201-16.
- García Sánchez, L. (2023). *Quevedo, traductor de textos clásicos* [tesis de doctorado]. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

- García Sánchez, L. (2024). «Las traducciones poéticas de los clásicos en los comentarios del *Anacreón castellano* de Quevedo». Alonso Veloso, M.J.; Sáez, A.J. (eds), *Quevedo y la poesía del siglo XVII (con Italia en perspectiva)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 225-64.
- Gendreau, M. (1977). *Héritage et création: recherches sur l'humanisme de Quevedo*. Lille: Université de Lille III.
- González de la Calle, P.U. (1965). *Quevedo y los dos Sénecas*. México: El Colegio de México.
- Gracián, B. (1996). *El Criticón*. Edición de S. Alonso. Madrid: Cátedra.
- Isasi Martínez, C. (1993). «Quevedo, ¿traductor negligente? Observaciones sobre el texto de *El Rómulo*». *Liuvius: Revista de estudios de traducción*, 4, 89-96.
- Iso, J.J. (2002). «Quevedo, traductor de las Epístolas a Lucilio: notas para una edición». Maestre Maestre, J.M.; Pascual Barea, J.; Charlo Brea, L. (coords), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, vol. III, 4. Madrid: CSIC, 1639-44.
- Izquierdo, A. (2013). «La traducción del *Anacreón castellano* de Quevedo en su tiempo». Alain Bègue, A.; Herrán Alonso, E. (eds), *Pictavia aurea = Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*. Toulouse: PUM, 229-38.
- Izquierdo, A. (2019). «Paráfrasis y experimentación poética en el *Anacreón castellano* de Quevedo». López Poza, S.; Pena Sueiro, N.; De la Campa Gutiérrez, M.; Pérez Cuenca, M.I.; Byrne, S.; Vidorreta Torres, A. (eds), *Docta y sabia Atenea. Studia in honorem Lía Schwartz*. A Coruña: Universidade da Coruña, 315-38.
- Izquierdo, A. (2022). «Quevedo y la tupida selva europea del *Anacreón castellano*». Alonso Veloso, M.J. (ed.), *Quevedo en su contexto poético: la silva*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 367-92.
- Lida, R. (1953). «Quevedo y la *Introducción a la vida devota*». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7(3/4), 638-56.
- López Eire, A. (1982). «La traducción quevedesca del *Manual de Epicteto*». García de la Concha, V. (ed.), *Homenaje a Quevedo = Actas de la II Academia Literaria Renacentista*. Salamanca: Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 233-43.
- Méndez, S. (2014). «Prácticas filológicas y literarias en el *Anacreón castellano* de Quevedo». *Cuadernos de Filología Clásica*, 24, 245-72. https://doi.org/10.5209/rev_CFCG.2014.v24.44730.
- Moya del Baño, F. (2014). *Quevedo y sus ediciones de textos clásicos: las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Pérez Jiménez, A. (2011). «Sí, el Quevedo del *Anacreón*, helenista». Pérez Jiménez, A; Volpe Cacciatore, P. (eds), *Musa Graeca Tradita, Musa Graeca Recepta. Traducciones de poetas griegos (siglos XV-XVII)*. Zaragoza: Pórtico, 103-30.
- Plata Parga, F. (1999). «Contribución al estudio de las fuentes de la poesía satírica de Quevedo: Ateneo, Berni y Owen». *La Perinola*, 3, 225-48. <https://doi.org/10.15581/017.3.28208>.
- Plata Parga, F. (2000). «Hallazgo de las *Controversias de Séneca* y de otros textos en prosa inéditos de Quevedo». Artaza Álvarez, M.E.; Durán Barceló, J.; Isasi Martínez, C.; Trueba Lawand, J.; Pineda González, M.V.; Plata Parga, F. (eds), *Estudios de filología y retórica en homenaje a Luisa López Grigera*. Bilbao: Universidad de Deusto, 387-410.
- Plata Parga, F. (2001). «Edición de las *Controversias de Séneca*, texto inédito de Francisco de Quevedo». *La Perinola*, 5, 207-75. <https://doi.org/10.15581/017.5.28145>.
- Plata Parga, F. (2002). «Un texto perdido y recuperado de Quevedo: traducción y paráfrasis de Séneca». *IX Encuentros con la poesía*. Puerto de Santa María: Fundación Rafael Alberti, 245-63.

- Quevedo, F. de (1981). *Epicteto y Phocílides en español con consonantes*. Edición de J.M. Blecua. *Obra poética: Teatro y traducciones poéticas*, vol. IV. Madrid: Castalia, 471-574.
- Quevedo, F. de. (2003). *Preliminares literarios a las poesías de fray Luis de León*. Edición de A. Azaustre Galiana. Rey, A. (dir.), *Obras completas en prosa*, vol. I, 1. Madrid: Castalia, 119-61.
- Quevedo, F. de (2010). *De los remedios de cualquier fortuna*. Edición de F. Rodríguez-Gallego. Rey, A.; Alonso Veloso, M.J. (dir.), *Obras completas en prosa*, vol. IV, 2. Madrid: Castalia, 713-75.
- Quevedo, F. de (2012). *Primera parte de la vida de Marco Bruto*. Edición de M.J. Alonso Veloso. Rey, A.; Alonso Veloso, M.J. (dir.), *Obras completas en prosa. Tratados políticos*, vol. V. Madrid: Castalia, 641-984.
- Quevedo, F. de (2018). *Anacreón castellano*. Edición de E. Gallego Moya y J. David Castro de Castro. A Coruña: SIELAE.
- Quevedo, F. de (2018). *Lágrimas de Jeremías castellanas*. Edición de M. del Amo Lozano y M. Ruiz Sánchez. A Coruña: SIELAE.
- Quevedo, F. de (2020). *España defendida, y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros y sediciosos*. Edición de V. Roncero. Rey, A.; Alonso Veloso, M.J. (dir.), *Obras completas en prosa. Elogios, polémicas y juicios literarios*, vol. VIII. Barcelona: Castalia, 5-126.
- Quevedo, F. de (2020). *Censuras y elogios de obras ajenas*. Edición de A. Rey. Rey, A.; Alonso Veloso, M.J. (dir.), *Obras completas en prosa. Elogios, polémicas y juicios literarios*, vol. VIII. Barcelona: Castalia, 383-437.
- Rey Álvarez, A. (2020). «Introducción». Francisco de Quevedo, *Obras completas en prosa. Elogios, polémicas y juicios literarios*, vol. VIII. Madrid: Castalia, XV-XC.
- Roig Miranda, M. (1980). *Le paradoxe dans la Vida de Marco Bruto de Quevedo*. Paris: Ecole Normale Supérieure de Jeunes Filles.
- Schwartz, L. (1998). «Las preciosas alhajas de los entendidos: un humanista madrileño del siglo XVII y la difusión de los clásicos». *Edad de Oro*, 17, 213-30.
- Schwartz, L. (2001). «El Anacreón castellano de Quevedo y las Eróticas de Villegas: lecturas de la poesía anacreónica en el siglo XVII». De Bernardo Ares, J.M. (ed.), *El hispanismo anglonorteamericano: Aportaciones, problemas y perspectivas sobre Historia, Arte y Literatura españolas (siglos XVI-XVIII) = Actas de la Conferencia Internacional Hacia un nuevo humanismo*. Córdoba: Cajasur, 1171-202.
- Schwartz, L. (2015). «Dos traducciones del griego de Quevedo: *Epicteto y Focílides en español con consonantes*». Gherardi, F.; Candelas Colodrón, M.Á. (eds), *La transmisión de Quevedo*. Vigo: Academia del Hispanismo, 15-28.
- Sigler, M. del C. (1994). «Traducción, imitación y apologética: Quevedo y el concepto humanista de la traducción». *Salina*, 8, 42-8.

